

Este lugar huele a eucalipto conocido,
a zanja que creció con nuestra calle,
a tábano que acompaña diariamente nuestra siesta.

En los charcos chapotea la lluvia fresca;
las ventanas de las casas se cubren
con el vaho que respiran las cocinas,
y por las aceras los paraguas
hacen punto con los hilos del agua.

Esta gente que me rodea
no son veletas
que mueve la brisa ciudadana.

Cada uno tiene su historia,
sus pliegues, sus respaldos, su alcoba.

En unos sitios dejan sus fuerzas,
sus prisas, sus intereses,
sus trompetas y tormentas.
En otros, diáfanos, su cansancio,
su cariño, su cansancio,
las estrellas de sus sueños,
su roído corazón de hormiga.

Yo me remango,
cuantas veces puedo, sudo y sangro
con ellos,
y, a veces, dudo
si yo soy otra cosa distinta
de lo que, entre nubes diariamente,
en ellos ven mis ojos.

Rafael MARTINEZ.



Veo cómo esta hora pasa lenta
amordazando los silencios
de nuestros cuerpos pasajeros;
extranjeros en el suelo
en el que el pie ha rezado
siempre sin cautela,
como si hubiese sido ayer el primer día,
como si fuese ésta la hora del primer sueño
menguado por el beso.
Te veo frente a mí,
lejos de mí.
Es el abrazo de un adiós
sin despedida,
la hora de un te quiero elaborado
entre los labios para cortar el frío
que acrecienta.
Vacío todo;
vacía la mirada,
vacío el beso,
vacío este silencio que hablaba por nosotros
después del amor; y en la mañana...
Llegó el tiempo a robarnos las mentiras
de los días ensalzados;
con su mano de acero,
con su voz de metal punzante y fría
dijo no
a un pasado que creímos nuestro.

Elsa G. BELASTEGI